discursofuneral.es

Familia, amigos, gracias por estar aquí.

Hoy despido a mi madre, nuestra querida Mamá Carmen, y lo hago desde el lugar que siempre ocupé junto a ella: el de su hija mayor, la que tuvo la fortuna de crecer a su lado con una cercanía que fue escuela, refugio y abrazo.

María del Carmen López García nació en Sevilla un 14 de mayo de 1962. Tenía 62 años, pero su manera de estar en el mundo tenía la juventud de quien ama su vocación. Estudió Magisterio y fue maestra de primaria durante 35 años. En el aula encontró un hogar; en cada niño, una historia; en cada libro, una puerta que abrir. Se casó con mi padre, José Antonio, y juntos criaron a dos hijas, Laura y yo. Luego llegaron dos nietos que la hicieron reír con esa risa discreta que todavía escucho cuando cierro los ojos.

De mi madre podría decir tantos oficios: maestra, lectora incansable, bordadora paciente, actriz improvisada en el teatro escolar, paseante fiel del parque de María Luisa, voluntaria en la biblioteca del barrio. Pero, por encima de todo, fue una mujer que hizo de la educación y del servicio a los demás su forma de amar. Tenía una paciencia que no era pasividad, sino firmeza serena; una generosidad que no hacía ruido; un sentido del humor suave, de esos que te alivian sin imponerse. Era empática hasta el hueso y, al mismo tiempo, firme en sus convicciones. Con ella aprendí que se puede decir la verdad con una voz suave, sin juzgar, y que aconsejar es acompañar, no empujar.

Guardo un recuerdo al que vuelvo como quien regresa a casa: las tardes de domingo en el balcón, leyendo juntas. Ella con su té de hierbabuena, yo intentando seguirle el ritmo. El sol bajando, el murmullo de la calle, y su mano a veces apoyada en mi hombro, marcando el paso entre las páginas y la vida. Aquello era, sin saberlo, una promesa: “Aquí estoy. Lee, pregunta, equivócate. Yo te espero”. Así educaba también a sus alumnos: abriendo ventanas, no

cerrando puertas. Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Mi madre no quiso una vida grandilocuente. Prefirió las cosas que perduran: la honestidad sencilla, el respeto por cada persona, el tiempo regalado a quien lo necesitaba. Defendió la educación inclusiva cuando era más difícil explicarla que pronunciarla, y montó obras de teatro con quien no se creía capaz de decir una línea en voz alta. En el aula y en casa, veía talentos donde otros veían límites. Y lo celebraba con esa sonrisa leve, como quien sabe un secreto hermoso: que todos, en el fondo, podemos más cuando nos miran con amor y paciencia.

Hoy nos duele su ausencia. Nos faltará su voz suave aconsejando sin juzgar, sus abrazos interminables, su risa discreta que nos devolvía el aire en los días complicados. Nos faltará en la mesa, en los paseos por el parque, en la biblioteca del barrio donde siempre encontraba un cuento que “era para ti”. Nos faltará en las llamadas de última hora, en los bordados que convertían la tela en memoria.

Pero también hoy quiero celebrar su vida. Quiero dar gracias por lo que nos deja: por mi padre, José Antonio, compañero fiel de tantos años; por Laura y por mí, que intentaremos honrarla cuidándonos como ella nos cuidó; por sus nietos, que heredarán cuentos, tés de hierbabuena y esa forma de reír que ilumina sin deslumbrar; por sus hermanos, Ana y Rafael, con quienes compartió raíces y caminos. Quiero agradecerle, especialmente, lo que me enseñó sin libro de texto: a mirar a las personas con amor y paciencia, y a no rendirme ante las dificultades. Cuando algo se ponía cuesta arriba, ella decía: “Vamos paso a paso, hija, que los pasos cortos también hacen camino”. Y tenía razón.

Si cierro los ojos, puedo verla caminando por el parque de María Luisa, deteniéndose a mirar un árbol como quien lee un poema. Puedo oírla guiando a un niño en clase: “Inténtalo otra vez, que ya casi lo tienes”. Puedo sentir su abrazo, largo y silencioso, ese que decía más que cualquier discurso. Y sé que la mejor manera de tenerla cerca es seguir practicando sus verbos preferidos: escuchar, respetar, servir, educar, celebrar.

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es

Hoy nos reunimos para despedirla, sí, pero también para comprometernos con lo que ella creyó. Que en casa cuidemos la palabra, que en la escuela celebremos la diferencia, que en la comunidad nos hagamos presentes. Que el amor se note más en los gestos que en los discursos. Que un libro siga siendo una puerta abierta. Que el humor sereno alivie, que la paciencia sostenga, que la generosidad no pida aplauso.

Mamá Carmen, gracias por cada domingo en el balcón, por cada té, por cada consejo que no pesaba, por cada abrazo que aún me sostiene. Gracias por mirarnos siempre como si tuviéramos dentro una luz que valía la pena cuidar. Prometo, prometemos, mantenerla encendida.

Descansa tranquila. Aquí seguiremos, paso a paso, haciendo camino como nos enseñaste. Y cuando el dolor apriete, abriremos un libro, saldremos al parque, o pondremos a hervir la hierbabuena. Entonces, en el aroma, en las páginas, en la brisa, volverá tu voz suave diciendo: “Estoy aquí”.

Te queremos, mamá. Siempre.

Este discurso fue creado con discursofuneral.es.Responde algunas preguntas y genera tu propio discurso personalizado ahora endiscursofuneral.es

Crea tu propio discurso personalizado en discursofuneral.es